

Como aquella a que pertenecieron Bilbao, Santiago Arcos, Errázuriz, Lastarria, etcétera, jalona un período de nuestra historia.

Hace un siglo, la Sociedad de la Igualdad inició una emancipación de las conciencias luchando por la laicización del Estado; hace medio siglo, la revolución del noventa y uno fué el comienzo de nuestra libertad política; hace un cuarto de siglo, la Federación de Estudiantes emprendió la marcha por el camino que conduce a la liberación económica del ciudadano mediante la más justa estructura social.

Ninguna generación vió realizado el ideal que la inspirara. A los pocos años de emprendida la jornada, quienes encabezaron y dirigieron los primeros pasos, pierden toda significación; molestan a los que vienen de atrás y amargan con su sola presencia a los contemporáneos porque les recuerdan sus incertidumbres, sus temores, sus dudas en el momento de partir.

El movimiento pierde así lentamente su impulso y se detiene en una triste encrucijada cualquiera. El egoísmo triunfa, los entusiasmos se adormecen, la mediocridad brilla hasta que en un instante dado un nuevo grupo de hombres, a los que se da el nombre de generación, indican un rumbo cierto y reinician la marcha.

\*

Me parece que hemos llegado a la encrucijada que marca el término del camino emprendido el año veinte.

¿Cuál será la nueva etapa? ¿En qué ideales se traducirá ese «anhelo de algo mejor» que, a través de todas las vicisitudes, es la razón misma de ser de la humanidad?

Tal vez no se tratará ya de problemas que afecten al individuo. La nación ocupará el sitio de éste. Quizá si la nueva voz de orden sea sencillamente: ¡Realicémonos como nación!

En calidad de tal seamos dueños de organizarnos de acuerdo con nuestras propias características; séanos permitido participar libremente e influir en la sociedad de todos los pueblos; permítasenos alcanzar nuestra emancipación económica.

Las mismas etapas que el individuo recorrió hasta realizarse como ciudadano, deben seguramente en el futuro vivir los países para llegar a ser verdaderas naciones.

No pueden permanecer estancadas largo tiempo las aguas sin corromperse; de ahí la imperiosa necesidad de que pronto una nueva generación reemplace a la del año veinte.

*Eugenio González*

## Juventud veinteañera

(De una novela inédita)

Estudiantes y obreros, en Chile como en todas partes, tomaron la vanguardia de la agitación ideológica. La Federación de Estudiantes y la Federación Obrera se convirtieron en centros de contagiosa efervescencia revolucionaria. Noche a noche, en reuniones apasionadas y clamorosas, se discutían los problemas de la Política y de la Economía. Los mítines a que citaban las instituciones dirigentes congregaban en la Alameda de las Delicias a muchedumbres formidables, un poco indecisas aún pero que acogían con entusiasmo las consignas de los líderes del pueblo y de la juventud. El Gobierno estaba desconcertado; la clase rica atemorizada. El Ejército mismo, espina dorsal de la estructura del Estado, parecía vacilar por obra de una propaganda eficaz. El soldado había hecho, codo a codo con el obrero, la Revolución Rusa. La palabra So viet tenía un prestigio mágico.

Hasta la mocedad de los liceos llegaba la influencia de las ideas - fuerzas de la Revolución. Los mismos muchachos que en el comienzo de la guerra se habían dividido en «franceses» y «alemanes» — entonces recién se incorporaban a las Humanidades — ahora se dividían en «maximalistas» y «reaccionarios». No había término medio posible entre esas posiciones contradictorias. Había que estar con la Revolución o con la Tradición. Muchos, tal vez la mayoría, no entendían los términos de la posición; pero se guiaban al escoger por las instintivas preferencias de su carácter. Había algunos también, y no pocos, a quienes el conflicto de la época interesaba menos que una partida de fútbol.

\*

Desde que leyó los primeros libros de doctrina, Enrique había tomado su partido. Carlos Salas inmerso por entero en sus nieblas poéticas no se interesaba por la Política «que es buena sólo para los ambiciosos», según decía reeditando la opi-

nión de su padre que fué herido en la batalla de Concón y después expulsado del Ejército por balmacedista. Astudillo era de los que preferían una partida de fútbol a una discusión ideológica. Por temperamento y educación se sentía inclinado a las sólidas convicciones mercantiles de su familia; no obstante, pudo más en él la simpatía de la amistad y se hizo maximalista como Enrique. A causa de haber hecho el elogio audaz de Lenin, a la hora de comida, delante de visitas, perdió durante un mes el auxilio pecuniario de su indignado progenitor.

Enrique comenzó a salir con frecuencia de noche, contrariando los deseos de Luisa y Adela que temían «le sucediera algún percance al regreso» en aquel barrio apartado propicio a los atracos. El sentimiento de la necesidad de luchar lo llevaba a las reuniones de los gremios obreros de los suburbios, a las conferencias que se daban casi diariamente en locales de propaganda, y sobre todo a las asambleas del Club de Estudiantes donde se dilucidaban complicados problemas de doctrina. Procuraba orientarse en la confusión de las nuevas ideas, aclarar el caos espiritual en que lo mantenían sus lecturas desordenadas.

Enrique salía de tales reuniones con la cabeza pesada y el alma revuelta. Mucha elocuencia, mucha ideología. ¿Dónde estaba la verdad, la neta y sencilla verdad? Socialistas, anarquistas, positivistas, sindicalistas, demócratas cristianos, individualistas, todos hacían brillar sus contradictorios sistemas, con vehemencia impresionante. Pero ¿no se preocupaban más de las palabras que de los hechos, de la belleza del discurso que del sentido de la realidad? Abundaban, entre los líderes universitarios, los idealistas impenitentes, de generoso corazón, pero de espíritu nebuloso. Enrique los estudiaba con respeto, esperando de ellos la orientación que necesitaba.

Había también en aquel ambiente abigarrado, personajes acerbos, roídos por el resentimiento y la ambición. Uno de ellos que no sabía hablar en público y cuyas ideas eran sobremanera turbias, había conseguido rodearse de cierta consideración adoptando una reserva enigmática que interrumpía sólo para decir cosas despampanantes que causaban asombro a los muchachos provincianos entre los cuales reclutaba sus admiradores. Andaba siempre con un libro nuevo debajo del brazo. Sentado en el hall del Club, aparentemente sumergido en meditación trascendental, atisbaba la llegada de algún novicio dispuesto al estupor. El instinto no lo engañaba jamás: los conocía a la primera ojeada. Procurando dar a su cara, lívi-

da y deformada, una expresión amable iniciaba con la víctima una conversación banal. De repente, comenzaba su juego: planteaba temas impresionantes, emitía juicios mordaces, exponía afirmaciones misteriosas.

— No compañero, usted no piensa. (El estudiante no había tenido tiempo de decir nada.) Aquí los dirigentes son todos cretinos. Hablan de Revolución y no saben lo que es la Revolución. Por lo demás, la Revolución es algo sin importancia. Lo que vale es la vida. Sí, compañero, la vida. . . .

Y agregaba moviendo la nariz quebrada y levantando el labio sobre los dientes amarillos, en un tic que realizaba la fealdad de su cara biliosa:

— ¡Qué cretinos! ¡No sienten la palpitación vital de la vida!

Una tarde de Sábado en que Enrique pasó al Club donde había quedado de juntarse con Astudillo para jugar al billar, sufrió el asedio del desesperante iconoclasta. Estaba repantigado en un sillón, dormitando con *El Mercurio* sobre las rodillas. Moscas tenaces le hacían lanzar a cada rato roncos gruñidos de impaciencia. El estrecho local, a esa hora roncoso invitaba al descanso plácido. De la cantina, no venía el habitual ruido de dados y de copas. El guatón Araya, el barman, con la frente contraída por el esfuerzo intelectual, hacía cálculos hípicos en el mesón. De afuera, llegaba el estruendo de los tranvías de San Diego. Tranquilizado por la soledad, Enrique se sentó cerca de la puerta.

Velasco abrió los ojos y, al ver que no estaba solo, sacudió su modorra. Enrique le pareció un interlocutor posible. Callado, se dedicó a observarlo. Pronto se convenció de que era un adolescente desorientado en quien podría ejercitar sin peligro su afán de crítica. Tal vez, un discípulo en potencia. A muchachos como ése le complacía llenar de dudas acerca de los dirigentes de la juventud a quienes odiaba, infundirles un corrosivo desencanto de los ideales en boga, sumergirlos, con analítica mordacidad, en un nihilismo total. Disfrutaba de un goce sádico envenenando la fe todavía cándida de los que llegaban a la capital, ansiosos de conocer la vida verdadera soñada en la paz aplastante de la provincia, y de los recién egresados del Liceo que entraban a la Universidad animados de fervor apostólico por las grandes ideas que se creían llamados a servir. Enrique parecía de estos últimos.

Alzó la voz, chirriante y agresiva, preguntando:

— ¿Ha leído *El Mercurio*, compañero? Viene un artículo curiosamente estúpido sobre lo que pasa en Rusia. Matanzas

de niños y mujeres en los campos, miles de muertos de hambre en las ciudades, fusilamientos y torturas a destajo. Y de todo esto saca la consecuencia que es necesario defender a todo trance el régimen actual, fundado en los derechos del hombre que proclamó la Revolución Francesa. ¿Ha visto usted cosa más imbécil que los tales derechos del hombre? El articulista no comprende nada, compañero. Los comunistas son cretinos, evidentemente, y su gobierno es abominable. . . .

Interrumpióse, de súbito, para inquirir moviendo la nariz como si husmease:

— Supongo que usted no pertenecerá a la Iglesia Moscovita. ¿Me equivoco? No puede ser: usted es muy joven para estar corrompido.

Enrique se sintió molesto. Hubiera querido responder, pero no sabía cómo hacerlo. Temía una discusión con aquel estudiante que había visto departiendo con los «líderes». Era seguramente miembro de la «Directiva». No dejaron de sorprenderlo, por tanto, las ideas que manifestaba. No podría tratarse de un «reaccionario», desde luego. Eso, de ninguna manera. Quizás se encontraría en un momento de mal humor. O bien acaso pretendía estimularlo, con fingidas críticas, a que expusiera sus propias convicciones. Decidió mostrarse cauteloso. Esa cara lívida, esa mirada huidiza, ese tic obsesional no le inspiraban confianza. Además, la risa sin motivo con que interrumpía sus frases tenía algo repugnante que encogía la piel como un contacto viscoso.

— No, compañero, no he leído el artículo de que me habla — contestó Enrique, eludiendo el objetivo hacia el cual Velasco quería conducir la conversación.

Velasco no dió muestras de haberlo oído. Parecía meditar. De pronto exclamó con violencia, como si respondiera a la objeción que alguien formulase a su oculto pensamiento:

— Basta observar, compañero. Comunistas, burgueses, todos la misma porquería en el fondo. Palabras para los imbéciles; balas para los rebeldes. Nada más. Cada uno debe vivir su vida, con la mayor plenitud posible. ¿La sociedad? ¿El Estado? ¿La Religión? ¡Mugre! ¡Pura mugre! Sólo existe el yo. Y el único bien es la libertad. . . .

Agitando los brazos en gestos rápidos, tenía con su perfil estafalario el aspecto de un pájaro aleteante. El invencible mutismo de Enrique que se limitaba a sonreír de un modo vago, terminó por fastidiarlo. El Club empezaba a llenarse de estudiantes. El guatón Araya había tenido que abandonar sus

elucubraciones turfísticas para atender el mesón. Las mesas de metal que constituían el amoblado de la cantina resonaban al golpe de los cubiletes. A cada instante rechinaba la mampara de la puerta y entraban jóvenes en comparsas. Los billares estaban ocupados.

Velasco se levantó bostezando para salir al encuentro de un compañero de la Escuela de Agronomía.

También en aquel momento llegaba Astudillo. Como no había mesa alguna disponible para jugar al billar, salieron a dar una vuelta por el centro. Enrique relató a su amigo la breve conversación que sostuviera con Velasco. Estaba algo intrigado por la excéntrica conducta del sujeto y el giro inesperado de sus ideas. Parecía inteligente, siempre andaba con un libro, pero inclinaba al distanciamiento, talvez por aquella fealdad suya que su repulsiva risa acentuaba. Debía ser de aquellos seres que, conociendo sus defectos, abominan de los que no los tienen y procuran hacerles cuanto daño pueden. Un individuo desagradable, en suma.

Astudillo que lo conocía de vista, le encontraba un aspecto helado y sinuoso de ofidio.

\*

Mientras tanto, al otro lado del mar, en los campos de Europa, seguía el estruendo de la catástrofe; pero, en medio de las hecatombes, había surgido un terrible resplandor. La Autocracia Zarista había caído y en su lugar, después del vacilante interregno de la República Burguesa, se había instalado la Dictadura Proletaria. Todos los pueblos del mundo miraban hacia la estepa rusa de donde venían las consignas del Nuevo Evangelio. En los mismos ejércitos, entregados todavía al furor de las grandes matanzas, se propagaba la emoción revolucionaria. ¿Iría a brotar del espanto bélico la vida verdadera? Moscú señalaba el camino de la salvación. Anhelantes y castigadas, en los campos, en las ciudades, en las trincheras, las multitudes se volvían hacia la estrella roja que se levantaba en el Oriente. La inquietud de los días decisivos recorría el mundo.